

Y, sin embargo, más de un personaje había allí que, con la sonrisa en los labios, velaba misterios profundos del corazón, que en lágrimas más que en sonrisas hubieran tenido su expresión verdadera.

Una hora hacía que el baile había comenzado cuando entraron en los salones el doctor Modesto Antunez y Manuel Navarro, el pintor.

En los momentos de su llegada, Ferreira hacía á Adela la presentación de su amigo el señor de Carvajal.

Antunez aprovechó aquella ocasión favorable para saludar juntos á los dos esposos, y seguido de Navarro se dirigió á ellos, á tiempo que Ferreira, viéndoles acercarse, decía á su amigo:

—Aquí tiene Vd., querido Carvajal, al insigne doctor que me aconseja, como eficaz remedio para todos mis males, dar la vuelta á nuestro país.

—Efectivamente, afirmó Antunez, ese es mi leal consejo, dictado á la vez que por la ciencia por mi sincera amistad.

La conversación empezada en este tono, no tardó en hacerse frívola é indiferente.

En cambio, la tormenta que rugía en algunos de aquellos corazones enviaba á los ojos sus ardientes relámpagos, que brillaban siniestros y fugitivos como llamaradas de una tempestad próxima á desencadenarse.

Adela hablaba con Navarro risueña y animada, más por llamar la atención de su marido que porque le fuera agradable su diálogo con el pintor, y al mismo

El abismo.

Los salones de los señores de Ferreira estaban llenos de personas notables de Madrid.

La aristocracia de la sangre, la del talento y la del dinero se hallaban allí dignamente representadas por seculares títulos de Castilla, por hombres políticos, elevados funcionarios, lumbreras de la ciencia, militares distinguidos y reputados artistas, y por los más considerados personajes de la alta banca y del comercio de esta capital.

La fiesta era, pues, espléndida, animada, magnífica.

Los delicados acordes de la música daban de tiempo en tiempo nuevo movimiento, nueva vida á aquella multitud alegre y bulliciosa que bailaba, bromeaba y reía, agena, al parecer, á todo sentimiento de dolor.

tiempo lanzaba de vez en cuando profundas miradas al doctor Antunez, que para éste pasaban desapercibidas, ó al menos lo aparentaba así.

Manuel Navarro comprendía perfectamente el papel que estaba desempeñando; había llegado á ser confidente de Adela hasta cierto punto; conocía el carácter de Ferreira, apasionado, irascible y violento, y no se le ocultaba que era él el blanco de los celos de aquel tigre: sin embargo, se allanaba á sufrir con resignación las consecuencias que pudiera tener aquel juego de miradas y de palabras, pensando que en último término su presencia cerca de los principales actores del drama que allí se estaba preparando, sería tal vez útil á su amigo el doctor.

Ferreira afectaba una serenidad que estaba muy lejos de sentir, y departía con Antunez y Carvajal sobre cosas de poco interés; pero sus miradas se dirigían alternativamente á su esposa y á Navarro, buscando en la expresión de sus fisonomías un indicio que justificara sus crueles celos, para desahogar con fundado motivo la cólera que rebotaba en sus ojos y que á duras penas podía contener.

Antunez por su parte, lo mismo que Navarro, comprendía la verdadera significación de todas aquellas miradas y de las frases de doble sentido que á unos ó á otros se escapaban alguna vez; pero esquivó con especial cuidado que sus ojos se encontraran con los de Adela, y fingió no advertir la doble interpretación que podía darse á las palabras que se cruzaban entre sus amigos.

Esta escena fué de corta duración.

Los señores de Ferreira tenían el deber de mostrarse atentos con sus numerosos convidados, y los preceptos de la etiqueta no les permitían consagrarse exclusivamente á determinadas personas.

Muy sensible era este deber para Ferreira, que hubiera deseado no perder de vista ni por un momento á Navarro el pintor, y no menos enojosas eran las leyes sociales para la encantadora Adela, que hubiera cambiado con sumo gusto toda la alegría y todos los homenajes que la rodeaban por una hora de conferencia secreta con el doctor Antunez, cuyo desden ó frialdad iba abriendo honda herida en el amor propio de esta mujer.

El médico y el pintor, por el contrario, experimentaron un íntimo bienestar cuando vieron á Ferreira y á su esposa confundirse entre las gentes que llenaban el salón.

Los dos amigos respiraron, aliviados de un enorme peso.

Antunez porque estaba libre de las furtivas y abrasadoras miradas de Adela.

Navarro porque no sentía clavados en él los punzantes ojos de D. Jaime.

—¡Soberbio! exclamó el pintor volviéndose á su amigo; la cosa promete.

—Sí, afirmó Antunez con cierta preocupación; promete lo que yo no quisiera prever.

—Te auguro que vas á ser feliz, dijo Navarro con tono malicioso.

—Y yo auguro una desgracia, repuso Antunez con seriedad.

—Déjate de niñerías y toma las cosas como se presentan. Ahora á bailar y á reir.

Navarro se separó del doctor, y, á fuer de hombre de buen gusto, invitó á una bellissima señorita para la danza que iba á principiarse.

Antunez permaneció en el mismo sitio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, triste y meditabundo.

La noble figura del médico se destacaba como una sombra en el fondo de aquel cuadro, tan rico de animacion y de placer.

Embebido en sus ideas atravesó Antunez los salones del baile, cruzó por los del juego, y como si huyera de la multitud que por todas partes le cercaba, fué á refugiarse en un apartado y solitario gabinete, cuya ventana daba á la calle y estaba abierta de par en par.

Sentóse el doctor satisfecho de verse solo; y aspiró con deleite las primaverales brisas de aquella noche, que era dulce y templada como muchas de la estacion de otoño que se disfruta en Madrid.

Antunez, sin embargo, no estaba tan sólo como creía.

Su vuelta por los salones habia sido espiada por una mirada atenta, fija, tenaz, que ni un instante se habia apartado de él.

Y esta mirada que lo seguia sin descanso, que lo iba envolviendo por todas partes, fué á perseguirle tambien en su retiro.

A los pocos momentos de hallarse Antunez sólo, en-

tregado á una preocupacion que nunca como aquella noche habia abstraído su espiritu, oyó cerca de sí el crujido de un traje de seda que le hizo levantar los ojos, abandonar su asiento y balbucear algunas palabras ininteligibles.

La persona que habia entrado en el gabinete era Adela.

Venia radiante de hermosura, con la sonrisa en los labios y palpitante de emocion.

—¡Dichosa casualidad! exclamó cuando estuvo cerca de Antunez: como, amigo mio, ¿huye Vd. de la gente?

—No, señora, contestó el médico, repuesto de su momentánea turbacion; me sentia fatigado...

—¡Qué pronto!... Y esto despues del abandono en que nos tiene á los que tanto nos interesamos por Vd.

—Mis continuas ocupaciones... dijo Antunez disculpándose.

—¡Oh! no busque Vd. excusas, que solo servirian para poner más de relieve su ingratitud.

—Qué, señora, ¿cree Vd. que sea yo ingrato con el Sr. de Ferreira?

—Y por ventura, interrogó Adela, ofendida de las palabras del doctor, ¿es el Sr. de Ferreira el único que tiene derecho aquí á la estimacion de Vd.?

—No digo eso, señora; pero al ménos á él es á quien debo mis primeras atenciones.

—Viene Vd. muy galante, doctor, dijo Adela con marcada ironía.

—Dispéñeme Vd. si la ofendo, que no es esa mi intencion: he dicho que debo al Sr. de Ferreira mis

primeras atenciones, considerándole como cabeza de esta familia y como persona que me distingue con una confianza de que jamás abusaré.

Antunez acentuó una por una sus últimas palabras, cuya significacion comprendió Adela perfectamente, apresurándose á contestar:

—Gracias, caballero, por tanta lisonja.

—¿Se enoja Vd.?...

—¡Enojarmel... Doctor, los hombres que, como usted, se consagran á los que sufren, tienen un conocimiento profundo del corazón humano y saben leer en el alma de las mujeres como en un libro abierto ante sus ojos.

—¿Y aunque eso fuera así?...

—Siendo esto así habrá Vd. adivinado que sus palabras no pueden causarme enojo, sino dolor.

Antunez, deseoso de cortar el peligroso sesgo que Adela daba á este diálogo, se encogió de hombros y dijo:

—No entiendo á Vd., señora.

Pero Adela habia puesto el pié en una pendiente resbaladiza y era forzoso que rodara hasta el abismo.

—No quiere Vd. entenderme, replicó en un tono en que se mezclaban el despecho y el pesar.

—Juro á Vd. que no comprendo:...

—Antunez, está Vd. conmigo muy cruel, interrumpió Adela reconviéndole, y resuelta á jugar el todo por el todo, añadió: ¿se niega Vd. á ayudarme á salir de esta situacion violenta y penosa en que Vd. mismo me ha colocado?

—¡Yo, señora! exclamó el médico sorprendido por la audacia de aquella mujer: no recuerdo haber dado ocasion á ese reproche; mi respeto hácia Vd....

—¡Su respeto!... repitió Adela con amargura; ¿por qué esconde Vd. la frase que su corazón le dicta?... ¿Por qué no dice Vd. su desprecio?

Y estas palabras, al salir de los lábios de la de Ferreira, iban empapadas en lágrimas.

Antunez vaciló un momento; no sabia qué responder y ansiaba poner término á aquella peligrosa entrevista.

Al cabo dijo:

—Señora, permita Vd. que me retire... Las palabras de Vd. encierran un arcano que no quiero, que no debo penetrar.

—Tiene Vd. razon, Antunez, repuso Adela haciendo un esfuerzo para dominarse; el momento no es oportuno para la explicacion que debe haber entre nosotros.

—No creo precisa otra explicacion.

—Yo sí, y con este objeto habia escrito á Vd. mandándole llamar.

Y Adela sacó la carta que efectivamente habia escrito poco antes de que el baile comenzara.

Antunez, sin cuidarse de reprimir la sorpresa que le causaba tanto atrevimiento, replicó:

—Perdone Vd., señora, que acuse de imprudencia un paso que á nada conduce...

—¡Cómo!... ¿Rechazaria Vd. mi invitacion? preguntó Adela en el colmo del despecho.

—Ignoro en qué términos estará concebida...

—Sean los que fueren, suplica una señora.

CABALLA ALEONSIÑA

—Pues... dispénseme Vd. que rehusé...

Antunez no pudo continuar.

En la entrada del gabinete acababa de presentarse el Sr. de Ferreira llamando á su esposa.

—Tome Vd., dijo Adela en voz baja y con acento imperioso, alargando á Antunez la carta de modo que no la viera su marido.

El médico comprendió que en aquel momento crítico no debía resistir, y tomó la carta que se le entregaba.

Pero el Sr. Ferreira sorprendió este movimiento y vió un papel en la mano de Antunez.

Adela salió sonriendo al encuentro de su esposo.

—¿Me buscabas? le preguntó.

—Si, querida, dijo Ferreira dominando la sospecha que habia brotado en su alma; en los salones preguntan por tí. Doctor, perdone Vd. si le dejo solo; no será por mucho tiempo, si tiene Vd. la bondad de esperarme.

Antunez se inclinó por toda respuesta, y esperó.

En otras circunstancias tal vez hubiera seguido á los Sres. de Ferreira; pero se detuvo creyendo advertir que las palabras de D. Jaime estaban impregnadas de cierta particular entonación y que tenían el carácter de una cita.

Tranquila, sin embargo, su conciencia; más todavía, satisfecho de sí mismo por la lealtad de su conducta en la entrevista peligrosísima que con Adela habia celebrado, aguardó la llegada de D. Jaime, que no tardó en acudir en su busca.

Una ojeada bastó á Antunez para comprender que el Sr. de Ferreira venia en un estado de sobrecitacion extraña.

En efecto, el esposo de Adela volvió al gabinete en que habia suplicado al doctor que le esperase, con el semblante demudado, chispeante la mirada y trémulo de furor.

Desde el primer momento sus ojos se fijaron en la carta que Antunez tenia aún entre sus manos.

El doctor siguió la direccion de esta mirada, lo advinió todo, y estrujó aquella malhadada carta que tanto se habia resistido á recibir y que ahora inevitablemente iba á dar ocasion á sucesos desagradables.

—Me ha comprendido Vd., caballero, dijo Ferreira observando los movimientos del doctor.

—No sé de qué se trata, repuso éste con reposado tono y dispuesto á hacer frente á la tormenta que empezaba á amenazarle.

—Yo haré que Vd. lo sepa, replicó Ferreira con altanería; mi esposa ha entregado á Vd. una carta...

—Es exacto, afirmó Antunez con el mayor aplomo.

—Carta, insistió D. Jaime, que guarda Vd. en su mano todavía.

—Ciertamente.

—¿Tendrá Vd. la bondad de dárme-la? preguntó contentiéndose Ferreira.

—No, señor, contestó Antunez con su imperturbable calma.

Ante esta respuesta, que demostraba una resolucion firme, los celos se clavaron como un agudo puñal en

BIBLIOTECA ALEJANDRINA

el corazón de D. Jaime, y su ira estuvo á punto de estallar.

—Entienda Vd., caballero, dijo avanzando un paso hácia Antunez, que si Vd. no me la da se la arrancaré yo de entre las manos.

—¡Caballero! exclamó irguiéndose el doctor; lo que usted ha de entender es que yo no sufro amenazas.

—Usted no me conoce, Sr. Antunez, dijo Ferreira procurando en vano reprimir la cólera que se desbordaba en su pecho.

—Lo que yo conozco, repuso el médico recobrando su tranquilidad, es que en Vd. han nacido sospechas, que son por cierto demasiado injustas. Y al decir estas palabras pasó por la mente de Antunez una de las nobles ideas que tanto le engrandecían, y añadió: esta carta no está escrita por ella.

—¿Pues por quién? interrogó D. Jaime sorprendido.

—Por mí, respondió el doctor con el acento de la ingenuidad más profunda.

—¿Por Vd?...

—Por mí, ya lo he dicho.

—¡Infame! exclamó Ferreira rugiendo de celos.

Antunez se había sacrificado espontáneamente y se dispuso á consumir su generosa acción.

—Esta carta, Sr. de Ferreira, dijo, que en un momento de locura dirigí á la esposa de Vd., no ha sido leída y se me ha devuelto sin abrirla.

—Segun eso, el hombre en cuya lealtad yo confiaba se ha deslizado cobardemente en mi casa para robarme la honra... ¡Oh! es preciso que yo lea esa carta.

—¡Eso nunca! afirmó Antunez con suprema resolución.

—¡La pido por última vez! exclamó Ferreira ciego de coraje.

—Pues hé aquí mi última respuesta.

Y al pronunciar Antunez esta contestacion se separó de D. Jaime, y llegándose á una bujía prendió fuego á la carta y la arrojó por la ventana que daba á la calle.

Estos movimientos fueron tan rápidos que Ferreira no los pudo evitar, y en su impotente rabia exclamó:

—¡Le costará á Vd. la vida, miserable!

—Estoy á las órdenes de Vd., caballero, repuso Antunez con la mayor serenidad; pero suplico á Vd. evite un escándalo que, en primer término, perjudicaria la honra de su casa...

—¡Mi honra!... interrumpió Ferreira reponiéndose: tiene Vd. razon.

A este punto llegaba la escena que acabo de presentar, cuando Adela, que había visto con cierta inquietud la vuelta de su esposo adonde estaba Antunez, se acercó á la puerta del gabinete apoyada en el brazo de Carvajal y seguida de Navarro, á quien astutamente había llevado hasta aquel sitio.

—¿Qué hacen Vds., señores? preguntó desde la entrada; ¿se trama aquí alguna conspiracion?

—Nada de eso, contestó Ferreira, velando con una sonrisa la tempestad que desgarraba su alma; el doctor y yo estábamos casi riendo.

—¿De veras?

—Figúrate que insiste en que debo salir de Madrid, y yo le digo que por nada del mundo dejaré esta capital, donde he encontrado tantos leales corazones y tan honrados amigos.

Adela respiró con libertad, creyendo que su esposo nada sospechaba.

—¿No quieren Vds. venir con nosotros? preguntó.

—Iremos más tarde, respondió Ferreira; Antunez me debe una revancha, y creo que trataba de pagarme... ¿no es así?

—Ciertamente, afirmó el doctor.

—Vamos á jugar con locura, continuó D. Jaime en tono risueño; á propósito, el Sr. de Navarro puede servir á Vd. de padrino, y mio lo será Vd., Carvajal: partida completa. Conque, en marcha, y te dejaremos, Adela, en los salones.

Todos salieron del gabinete.

Adela entre su esposo y el Sr. de Carvajal, tranquila y feliz, en la seguridad de que Ferreira y Antunez eran los más cordiales amigos del mundo.

Navarro al lado del doctor, á quien dijo en voz baja:

—Me parece que el juego á que te invitan es cosa demasiado seria.

Antunez le contestó en el mismo tono:

—Me pierdo, pero la salvo.

Para el pintor eran inútiles más explicaciones.

La vida de los hombres en el mundo es una guerra constante, y el que no se prepara para ella, se pierde. En el momento de la partida, el doctor se levantó y dijo: —Vamos, vamos, que ya es hora de jugar. —Y se sentó en el sofá, al lado de Carvajal. —Antunez y Ferreira se sentaron en el sofá de enfrente, y Navarro se sentó en el sofá de al lado de Ferreira.

Los dos últimos fueron carajales prevenidos del asunto de una partida de póquer. —**VI.** —En una habitación de la casa de Antunez y Ferreira, había un coche y un caballo, y un hombre que se preparaba para salir. —El hombre era el doctor, y el coche era el coche de Antunez y Ferreira.

Pormenores.

Excusado me parece decir que Antunez y Ferreira se batieron.

Y hago gracia á mis lectores de la narración de este desafío, porque son tantas las descripciones de estos lanceos que en las novelas abundan, que bien podrán sin mi auxilio representarse el cuadro de aquel duelo, que fué como todos; es decir, que los combatientes llegaron en dos coches, con sus padrinos, al lugar convenido de antemano; que una vez allí, se registró y midió el terreno; se cargaron las pistolas, porque el duelo fué á pistola, circunstancia que no debo omitir; que los adversarios, colocados frente á frente, se pusieron en guardia; que los padrinos hicieron una señal; que en el momento sonaron dos detonaciones, y que un hombre cayó al suelo bañado en sangre y casi sin vida.